

Intervención del Vicepresidente del Parlamento Europeo, Alejo Vidal-Quadras, en las Jornadas organizadas por la Universidad de Cádiz los días 15 y 16 de junio de 2009 con motivo del Cincuentenario de la publicación del libro *Las dos culturas y la revolución científica* de C.P. Snow

Muy buenos días a todos

Sean mis primeras palabras para agradecer la amable invitación de la Universidad de Cádiz a través de M^a Teresa Giménez Barbat a participar en estas jornadas sobre el Cincuentenario del libro de Charles Percy Snow *Las dos culturas y la revolución científica*. Salgo de una campaña electoral en la que he sido candidato por tercera vez a un escaño en el Parlamento Europeo y por tanto mi presencia hoy aquí va a tener sin duda efectos terapéuticos en la medida en que me ha obligado a pensar mientras preparaba lo que me dispongo a decir, reparando así parcialmente los estragos provocados en mi cerebro por las semanas precedentes dedicadas a ganar votos y no sabiduría. Mi sincero reconocimiento por ello.

Siempre que me encuentro frente a una audiencia a la que se supone debo trasladar algo interesante, ameno o instructivo, y me he visto en semejante situación miles de veces, tanto debido a mi actividad docente durante dos décadas como a la política los veinte años siguientes, me pregunto qué se espera de mí. Hay ocasiones en que la respuesta es fácil. Si uno se dispone a dar una clase sobre la dinámica del sólido rígido, sobre el modelo de capas de la estructura del núcleo atómico o sobre la espectrometría de rayos gamma con detectores de semiconductor, está claro que la explicación ha de dejar satisfechos a los alumnos en cuanto a su mejora del conocimiento de tales cuestiones. Si de lo que se trata es de pronunciar una conferencia sobre multiculturalismo y pluralismo, es obvio que se debe proceder a definir estos conceptos para pasar a continuación a exponer las consecuencias de un enfoque multiculturalista o pluralista en la convivencia de la gente que vive en sociedades étnicamente y culturalmente heterogéneas, y si se comparece ante un

público de correligionarios en un mitin electoral el objetivo es provocar en ellos un estado de adhesión fervorosa mediante recursos retóricos efectistas emocionalmente cautivadores.

He de confesar que he dedicado algún tiempo a decidir cuál iba a ser el contenido de mi intervención esta mañana porque de entrada no estaban claros ni su alcance ni su orientación. El título de la sesión, “Científicos en política” no ayudaba mucho y por consiguiente no he tenido más remedio para resolver este interrogante que recurrir al método científico y he formulado una hipótesis: lo que se me pide en esta ocasión es que exponga ante un público fundamentalmente académico cultivador de la historia de la ciencia, la epistemología, el periodismo científico y otras disciplinas afines o conexas, mi experiencia personal en relación a la posible influencia de mi formación y trayectoria previas como investigador en una ciencia de las llamadas “duras” en mi ejecutoria política posterior; eso por una parte, y, por otra, mis reflexiones propias, en términos más abstractos, sobre en qué forma las categorías mentales y los métodos característicos de las ciencias matemáticas o de la naturaleza pueden influir en las actitudes y tomas de posición de políticos que proceden de este mundo y no del derecho, de las ciencias sociales, del activismo sindical, de la empresa, del ámbito de las profesiones liberales o de la incorporación a la burocracia de partido desde la primera juventud. En otras palabras, si existen momentos en los que ante una decisión política que adoptar o ante un análisis político que realizar, Alfredo Pérez Rubalcaba, Jaime Lissavetsky, Javier Solana, Juan Carlos Aparicio, Bernat Soria o yo mismo, debido al bagaje intelectual y ético adquirido durante nuestra etapa académica e investigadora anterior dedicada a la física, la química o la fisiología, reaccionaríamos o hemos reaccionado de manera distinta a la que mostrarían o han mostrado Federico Trillo, José M^a Aznar, Manolo Pizarro, Jordi Pujol, Leyre Pajín, Antonio Gutiérrez, José Bono, Rodrigo Rato o Pepiño Blanco en circunstancias similares. Si mañana Antonio Fernández Rañada fuese senador o Secretario de Estado, ¿Ejercería estas responsabilidades con resultados, no digo mejores o peores, pero sí diferentes a los que obtendría Teresa Giménez Barbat simplemente a causa de su arquitectura mental construida por una biografía entregada a la física teórica y no a la antropología y a la

consultoría sobre gestión de recursos humanos, como es el caso de Teresa?

Es evidente que no podemos diseñar y llevar a cabo experimentos que nos conduzcan a una respuesta. Por tanto, tendremos que apoyarnos en historias públicamente conocidas y a lo sumo aventurar conjeturas. Si bien será imposible sentar afirmaciones concluyentes, el examen de este tema nos ayudará a pasar un rato entretenido, más por lo que cada uno piense o recuerde que por lo que se permita decir públicamente. Al fin y al cabo, la prudencia es una virtud altamente aconsejable en la ciencia, en la política y en la vida en general.

Permítaseme empezar por un punto bastante prosaico: los órdenes de magnitud. He comprobado numerosas veces que mis colegas de la política, juristas, humanistas -en el caso de los economistas, no me atrevo a ser tan tajante- sociólogos o autodidactas variopintos son incapaces de evaluar cuantitativamente un orden de magnitud. Si en un informe, un preámbulo de una ley o un artículo de prensa se menciona una cantidad referida a demografía, renta per cápita, consumo energético, gasto presupuestario o cualquier variable expresable mediante una cifra, se tragan cualquier número sin proceder a lo que hacemos de manera automática los científicos retirados o en activo, es decir, un rápido cálculo mental para verificar si la información que se nos suministra tiene sentido. En no pocas ocasiones, me he visto obligado a llamar la atención de mis ayudantes, de funcionarios del Parlamento o de otros políticos sobre una cifra incluida en un texto que era sencillamente disparatada en términos de orden de magnitud y que ninguno de ellos había advertido. Estos errores proceden habitualmente de una transcripción negligente o de un desliz involuntario, pero es curioso cómo pueden pasar sucesivos escrutinios sin provocar alarma hasta que un ojo acostumbrado a manejar números con precisión exigente arregla el desaguisado.

Otra dificultad práctica para los legisladores o gobernantes ajenos a la ciencia radica en la comprensión de los conceptos contenidos en una norma o en un dictamen referentes a cuestiones de cierta complejidad tecnológica o científica. Recuerdo al respecto los esfuerzos ímprobos que

yo y otros compañeros de la Comisión ITRE del Parlamento Europeo, físicos, químicos o ingenieros, hemos tenido que hacer para explicar a colegas que en su vida anterior eran profesores de idiomas en secundaria, sindicalistas del ramo de la hostelería o gerentes de una ONG dedicada a la protección del patrimonio histórico, porqué la producción simultánea de calor y electricidad en un proceso de cogeneración es más eficiente que su generación separada o porqué nuestra propuesta de que el cemento y el acero deberían ser objeto de una exención en la directiva REACH no obedecía a ningún siniestro contubernio con los lobbies de estas industrias sino a razones estrictamente objetivas derivadas de la química molecular. He de manifestar con satisfacción que al final nuestra capacidad pedagógica daba su fruto y les convencíamos, lo que demuestra la utilidad de disponer de unos pocos científicos o ingenieros superiores en el proceloso mundo de la política.

Creo que también puede ofrecer cierto interés en el contexto de estas jornadas el confesarles los motivos por los que a la edad de dieciocho años me incliné por matricularme en la licenciatura en Ciencias Físicas en la Universidad de Barcelona y no en otras carreras a las que me sentía asimismo inclinado como el derecho, la literatura inglesa, la historia moderna o la filosofía pura. La razón, aunque quizá no formulada entonces con la claridad con la que la manifiesto ahora, pero sí con análogo fondo, fue mi percepción de que las humanidades o las ciencias llamadas sociales podían ser abordadas sin guía experta sistemática y reglada y que bastaba para adentrarse en sus profundidades un suficiente número de horas dedicadas a la lectura y a la reflexión autónoma de lo leído, o lo que es lo mismo, que se puede ser autodidacta en historia, literatura, economía, sociología y demás, pero que los intentos de adquirir por cuenta propia un conocimiento extenso y riguroso sobre genómica, teoría cuántica relativista, cosmología o cálculo de esfuerzos en la construcción de puentes colgantes suelen producir personas piradas o estrafalarias que circulan por el mundo haciendo el ridículo. No quisiera sonar pedante, lo que en una reunión como ésta carecería además de objeto, pero a mí lo que de verdad me ha interesado y me sigue

interesando por encima de todo lo demás es el conocimiento, o sea, la capacidad de comprender un fenómeno natural, una etapa histórica, un comportamiento humano o una metáfora poética y disfrutarla en toda su sustancia de forma completa y consistente. Estoy convencido de haber sido capaz de lograr atisbos de semejante privilegio leyendo sin asistencia externa los libros adecuados en la gran literatura de ficción o de poesía, en Humanidades y en Ciencias Sociales, pero tengo la certeza de que jamás hubiera podido conseguir un nivel similar de asimilación a la hora de abordar la ecuación de Dirac, la teoría de grupos o el teorema de existencia y unicidad de las soluciones de ecuaciones diferenciales. Recuerdo una noche en Cartagena hacia finales de los sesenta en casa del que es seguramente uno de los más excelsos poetas españoles vivos, José M^a Álvarez, en la que intenté explicarle el principio de incertidumbre de Heisenberg. José M^a, que ya entonces era poseedor de una cultura vastísima y que era capaz de citar de corrido a Píndaro, a Virgilio, a Ronsard, a Cervantes, a Shakesperare, a Conrad y a Kavafis, demostró una loable curiosidad por la idea de indeterminación como una ley fundamental de la naturaleza, pero enseguida me di cuenta de que le faltaban nociones básicas de la mecánica más elemental y que esa ignorancia, comparable a la que yo hubiera demostrado si no hubiese sabido cuál es el papel gramatical de los adjetivos en una oración, le impedía seguir mi exposición, que procuré que fuese lo más accesible y sencilla posible. La constatación de que una persona de aguda inteligencia y asombrosa sensibilidad artística, una persona que había escrito ya antes de cumplir veinticinco años versos definitivos, no disponía de las herramientas conceptuales necesarias para entender una ley básica de la física me proporcionó una primera visión de ese océano, que en palabras de Snow, separa las dos culturas.

Abusando quizá de referencias personales, me viene a la memoria otro suceso que me marcó con fuerza y que, en su intrascendente banalidad, me permitió disfrutar de la misma sensación de plenitud triunfante que seguramente embargó a Arquímedes cuando lanzó supuestamente en la bañera su célebre Eureka. Mientras preparaba mi tesis doctoral en la UAB tenía el encargo docente del cálculo diferencial para estudiantes de segundo curso de Físicas. Uno de los textos que

manejaba era el Spivak, que Antonio conoce perfectamente. Pues bien, al final de cada capítulo, como es habitual en estos textos, figuraba una serie de enunciados de problemas no resueltos. Yo procedía a resolverlos y se los proponía a mis alumnos y si ellos no lo conseguían les enseñaba a hacerlo. Uno de esos enunciados sentaba una proposición que emanaba de la teoría expuesta e invitaba a demostrarla. Me encallé al intentar la demostración y durante días no tuve éxito. Tal era mi frustración que consulté a mis compañeros de física teórica -yo pertenecía a la clase inferior de los experimentales- que naturalmente no mostraron el menor interés en el asunto, no sé si porqué tampoco sabían cómo demostrar la proposición o porqué no podían perder tiempo en trivialidades. Entonces acudí a las autoridades del Departamento de Análisis Matemático, que le dieron vueltas al asunto, me inundaron de abstrusos racionamientos y generalizaciones intimidantes, pero demostrar la cosa, lo que se dice demostrarla, pues tampoco. Entré en un estado de melancolía que degeneró en obsesión hasta el punto de tener pesadillas sobre el maldito enunciado. Y una tarde en que me encontraba en un banco del Turó Park con una novia de la época -yo era todavía agitadamente soltero- y en mi subconsciente seguía dando vueltas el problema de marras de repente, como si cayese un velo hasta entonces invisible, como si se encendiese una luz inesperada, lo vi, lo demostré, sin papel ni lápiz, mentalmente, y era tan obvio, tan evidente, la simple aplicación encadenada de dos definiciones, que fui poseído por una dicha incontenible y exaltante, me levanté del banco con un salto de pantera a la vez que profería un grito o mejor un rugido de victoria. No me casé con aquella novia, pero no fue porque ese día ella creyese estar saliendo con un demente, sino por otras circunstancias que no se corresponden con el tema que nos ocupa.

A lo que iba es a lo siguiente: esa sensación de placer inusitado que me embargó, ese efímero vuelo por las alturas del éxtasis cognoscente, que, en un nivel rayano en la insignificancia, debió ser de naturaleza análoga al sentido por Galileo, por Newton, por Darwin, por Pasteur, por Einstein y por Schrödinger cuando tuvieron el primer vislumbre de lo que después serían sus decisivas aportaciones a nuestro conocimiento del mundo, ¿En qué se diferencia del que experimentaron Miguel Ángel al dar el último golpe de cincel a La Piedad, Cervantes al coronar El Quijote,

Velázquez al rematar el retrato de la Infanta Margarita de Austria o Proust al escribir la última palabra de su descripción de la fiesta en casa de los Guermentes en *El Tiempo Recobrado*?

Pero por fascinante que sea este interrogante, me está desviando de mi propósito inicial, que es la forma de estar en política de los científicos, si es que tal forma peculiar existe.

Tratemos de averiguarlo. En primer lugar, hemos de tener presente que los avances en ciencia se basan, tal como sistematizara magistralmente Karl Popper, en el desacuerdo, en el constante sometimiento de las teorías a la crítica racional y a su confrontación con los resultados de la observación y los experimentos. Por consiguiente, el científico necesita a sus críticos y lo sabe. Jamás se le pasaría por la cabeza impedir o dificultar el ejercicio de la crítica a sus colegas porque semejante actitud entraría en contradicción flagrante con las bases metodológicas de su trabajo. Para el científico, que otros se esfuercen en poner en cuestión sus descubrimientos o sus afirmaciones, forma parte de las reglas de juego y la desobediencia a estas reglas sería a sus ojos no sólo inmoral, sino absurda, en la medida que obstaculizaría su propio trabajo. En la ciencia, se eliminan las hipótesis falsas, los experimentos mal diseñados y las observaciones erróneas, pero no se elimina al discrepante, que es una pieza indispensable del proceso investigador. Para un científico metido en política, la aplicación de este principio le apartaría, si se comporta como tal científico, de cualquier maniobra conducente a silenciar a la oposición o a crear de ella una imagen tan repulsiva como falsa que la inhabilitara ante la opinión para proponerse como alternativa. La imagen de una derecha gótica en torno a la cual hay que levantar un cordón sanitario jamás hubiera podido ser formulada por un científico. Yo, sin ir más lejos, no pretendo borrar del mapa al Partido Socialista ni lo aborrezco. Aspiro a derrotarlo en las urnas y considero necesario que sea uno de los elementos clave de nuestra democracia, por un lado porque su acoso permanente estimula al centro-derecha a mejorar sus argumentos y a elevar la credibilidad y la calidad de sus propuestas y por otro, porque sus notorios errores realzan nuestros aciertos.

En segundo lugar, los científicos respetan el principio del racionalismo crítico como método de aproximarse a la verdad. Así, un científico que desarrolla una actividad política intentará, si es fiel a su pasado, tratar los conflictos políticos de manera racional. Por ejemplo, en 1945 Japón no disponía del arma atómica ni era previsible que la tuviese a medio plazo. La decisión de arrasar Hiroshima y Nagasaki matando a decenas de miles de civiles indefensos no fue racional. Hubiera bastado lanzar la bomba sobre un objetivo militar, tal como una concentración de buques de guerra en alta mar, o realizar una demostración en una isla desierta o previamente desalojada, para provocar la rendición incondicional del ejército imperial. Sin embargo, se realizó un acto de una crueldad escalofriante totalmente innecesario. Los científicos que posibilitaron aquel horror obedecieron, pero no decidieron. Si la finalización de la Segunda Guerra Mundial en Asia hubiera estado en manos de científicos, muy probablemente no habrá tenido lugar aquella hecatombe. En este mismo orden de cosas, y en relación a un conflicto mucho menos cruento y más próximo, la estrategia de los dos grandes partidos nacionales españoles de tomar como aliados a las fuerzas separatistas para obtener el poder en vez de articular una gran coalición para defender la unidad nacional frente a la presión disgregadora de los nacionalismos catalán y vasco, carece por completo de racionalidad y no resiste un análisis crítico. La mera idea de gobernar la Nación con el apoyo de aquellos cuyo propósito explícito es liquidarla es simplemente insensata. Pese a ello, tanto el Partido Socialista como el Partido Popular han seguido este camino durante treinta años y la situación de evidente descarrilamiento en que se encuentra el Estado de las Autonomías en los ámbitos económico, administrativo, lingüístico, cultural, educativo y político, no sólo no les disuade de continuar por dicha vía, sino que perseveran en el disparate. Me complace afirmar aquí que gran parte de mis planteamientos respecto a este tema crucial, que son bien conocidos, se basan en un abordaje científico, o sea, críticamente racional, del mismo.

En tercer lugar, los científicos no son relativistas en el sentido moral ni epistemológico del término. Y no lo son porque creen que la verdad existe. Puede que no sea accesible o ni siquiera comprensible, pero el fin

de la ciencia es aproximarse a ella tanto como sea posible. Por supuesto, las verdades de la ciencia, formuladas mediante teorías, son siempre provisionales y parciales, pero ello no resta a la verdad como categoría su carácter de objetivo último de la labor de la ciencia. Si la verdad no existiera o el concepto mismo de verdad estuviese despojado de significado, la tarea de los científicos sería inútil y los fundamentos epistemológicos y éticos de su quehacer se vendrían abajo. En el prólogo al libro *De nuevo Socialismo* de Jordi Sevilla firmado por el actual presidente del Gobierno, figura un párrafo que ha sido ampliamente citado y comentado. Este párrafo reza textualmente: “Ideología significa idea lógica y en política no hay ideas lógicas, hay ideas sujetas a debate que se aceptan en un proceso deliberativo, pero nunca por la evidencia de una deducción lógica...” Prescindiendo de la definición de ideología de ZP por simple caridad cristiana, de acuerdo con este planteamiento, la política no pertenece al dominio de la lógica ni, en consecuencia, al de la racionalidad. Desde esta perspectiva, se puede cerrar Garoña, impulsar un Estatuto de Cataluña que tritura la Constitución vigente, negociar con terroristas otorgándoles el estatus de interlocutores políticos del Estado de Derecho, negar una crisis económica galopante y considerar que un feto humano de catorce semanas no es humano. En la medida en que no hay una verdad, identificable o no, alcanzable o no, pero verdad al fin y al cabo, no caben límites a los disparates que el poder puede cometer. Otra frase igualmente notable del Presidente del Gobierno es aquella que descubre que “No es la Verdad la que nos hace libre, sino la libertad la que nos hace verdaderos”. Más de lo mismo. Nuestra senda hacia el Conocimiento o hacia el Bien no está guiada por la luz, percibida, velada o deseada, de la Verdad, nada de eso, lo correcto según esta edificante tesis es dar tumbos sin otro báculo que nuestra voluntad arbitraria a ver lo que sale. Y lo que sale es invariablemente lo que posibilita ganar las elecciones, pasando todo lo demás a un plano secundario. Es innecesario que yo explique a esta sala que para un político equipado con un bagaje intelectual y moral procedente de una etapa anterior dedicada al laboratorio y a la reflexión teórica orientada por la experimentación, la observación, la precisión cuantitativa y la validación de las teorías por la evidencia contrastable, las piruetas filosóficas del Presidente del Gobierno

han de suscitar la consiguiente mezcla de vergüenza ajena, rotundo rechazo y desazonada inquietud. Si a un político que antes de serlo fue científico le inspiran otra cosa tendrá que explicarlo y yo, en el más puro espíritu científico, estaré de lo más atento a sus argumentos. Ahora bien, mientras no se me demuestre lo contrario, estaré convencido de que el ejercicio del poder por alguien que considera que la verdad es un estorbo representa una amenaza de primera magnitud para el presente y el futuro de la sociedad española.

En cuarto lugar, un científico nunca es rupturista ni adanista. Cuando elabora una teoría nueva sabe que ha de englobar los logros de las precedentes y que aún siendo aquella de mayor alcance y capacidad predictiva, también es provisional e incompleta y que un día será destronada por otra más potente. Galileo superó a Copérnico, Newton a Galileo y Einstein a Newton, pero todos ellos fueron conscientes de haberse alzado hasta la excelencia de sus hazañas intelectuales a hombros de gigantes, de los que se sabían herederos. Bajo este prisma, sería contrario al espíritu científico por parte de un gobierno hacer tabla rasa de la obra de un gobierno anterior simplemente porque tenía un color político distinto con independencia de si el legado era acertado o no, reabrir antiguas heridas que la Historia hubiera ya cicatrizado para reescribirla con criterios partidistas o revanchistas u ofender gratuitamente las creencias de una gran parte de la sociedad por motivos sectarios. El científico tiende normalmente a la humildad y toma precauciones antes de sustituir lo obsoleto por lo novedoso. En el dominio de la Ciencia, un modelo es una simplificación de lo complejo para entenderlo de forma aproximada. Los modelos empleados por los científicos son el reconocimiento de lo limitado de sus conocimientos o de sus herramientas de cálculo. Los modelos de los ideólogos son intentos plagados de soberbia de definir la sociedad ideal sea cual sea el coste de la transformación requerida. Niels Bohr era un científico. Pol Pot era un ideólogo. En otras palabras, el científico prefiere la reforma que amplía y mejora a la revolución que destruye. Se trata de una manera de proceder que ofrece indudable ventajas trasladada a la política y que de haberse aplicado a lo largo de los siglos le hubiera ahorrado a la humanidad

considerables sufrimientos, por no mencionar la cantidad de disparates que habría evitado en la España actual.

En definitiva, la ciencia aspira a comprender la realidad y la política demasiado a menudo a dominarla. El objetivo de la ciencia es el conocimiento y el de la política el poder. Poder que puede ser bien o mal empleado, pero que como tal contiene indefectiblemente, en lúcida observación de Von Mises, la semilla del Mal. Los científicos que se incorporan a la política, si se mantienen fieles a los principios de su oficio, a saber, el respeto al discrepante, el racionalismo crítico, la búsqueda de la verdad y la preferencia por la reforma creativa frente a la revolución destructora, están mejor preparados que otras clases de intelectuales para administrar este veneno en las cuidadosas dosis homeopáticas que lo convierten en benéfico. Pero son seres humanos y como tales susceptibles de traicionar su vocación originaria embriagados por el brillo de la púrpura. A los que resisten la tentación se les reconoce porque se mantienen alegres, prefieren callar antes que mentir, miran de frente a amigos y a adversarios y son inasequibles al desaliento. A los que sucumben se les distingue por el hálito de fría amargura que les envuelve y por una especial maestría en el engaño a sí mismos y a los demás.

Para terminar, no quiero rehuir una conclusión final: Leales o desleales a su pasado, consecuentes o no con su vocación inicial, es conveniente que un número significativo de científicos se incorpore a la política, aunque sólo sea porque un científico en el supuesto de que llegara a La Moncloa jamás le diría a su cónyuge en la intimidad del tálamo: “No te puedes imaginar la cantidad de españoles que podrían ocupar mi puesto”. Y es que un científico puede perder en su tránsito por la política muchas de sus virtudes, pero siempre conservará el pudor a la hora de aventurar estimaciones estadísticas.

Muchas gracias

